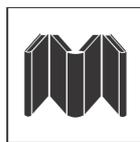


MITCH ALBOM

La próxima persona
que encontrarás
en el cielo

Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA

*Para Chika, la «niñita» de nuestras vidas,
que ya está iluminando el cielo.*

*Y para todas las enfermeras del mundo,
que, como las que cuidaron a Chika, no saben
hasta qué punto nos conmueven.*

Nota del autor

AL IGUAL QUE *Las cinco personas que encontrarás en el cielo*, esta historia está inspirada en mi querido tío Eddie Beitchman, un veterano de la Segunda Guerra Mundial que se consideraba «un don nadie que no ha hecho nunca nada».

De pequeño, Eddie me contó que una noche había estado a punto de morir en el hospital, y que se había separado de su cuerpo. Entonces, desde arriba, había visto que al borde de la cama lo esperaban sus difuntos más queridos.

A partir de entonces vi el cielo como un sitio donde nos reencontramos con la gente en cuyas vidas hemos incidido en este mundo, y podemos volver a verla, aunque reconozco que solo es un punto de vista entre tantos, de la misma manera que hay muchas definiciones religiosas, y que todo ello merece un respeto.

Esta novela, pues, y su versión del más allá, son un deseo, no un dogma: el deseo de que los seres queridos como Eddie hallen la paz que no encontraron en este mundo, y se den cuenta de que nadie es indiferente a nadie, ni un solo día de esta vida nuestra tan valiosa.

El final



ESTA ES LA historia de una mujer llamada Annie. Empieza por el final, cuando se cae del cielo. Al ser joven, Annie nunca pensaba en los finales. Tampoco pensaba en el cielo. Pero todos los finales son también principios.

Y el cielo piensa siempre en nosotros.

EN EL MOMENTO de su muerte, Annie era alta, esbelta, con una melena rizada de color caramelo, los codos y los hombros muy marcados, y una piel que en los momentos de vergüenza se ponía roja alrededor del cuello. Tenía los ojos brillantes, de un color verde aceituna claro, y una cara suave y ovalada, descrita por sus compañeros de trabajo como «guapa, cuando la conoces».

Trabajaba de enfermera en un hospital de la zona, con bata azul y deportivas blancas; y fue en ese hospital donde se iría de este mundo, tras un dramático y trágico accidente, un mes antes de cumplir treinta y un años.

Habrà quien diga que era «demasiado joven», pero ¿qué significa demasiado joven cuando se habla de una vida? De pequeña ya se había salvado de morir en otro

accidente. Fue en un sitio conocido como Ruby Pier, un parque de atracciones junto a un gran mar gris. Según algunos, fue «un milagro» que sobreviviera.

O sea, que quizá ya tuviera más años de los que le correspondían.

—ESTAMOS AQUÍ REUNIDOS...

Si supieras que estás a punto de morir, ¿a qué dedicarías tus últimas horas? Annie, que no lo sabía, las dedicó a casarse.

El novio se llamaba Paulo. Tenía los ojos del color azul claro de una piscina poco profunda y una mata de pelo azabache. Se habían conocido en la escuela primaria, jugando a saltar el potro en un patio asfaltado. Annie, nueva en el colegio, era tímida y retraída, y se repetía a sí misma, escondiendo la cabeza: «Ojalá pudiera desaparecer».

De repente le apretaron los hombros unas manos, y un niño aterrizó delante de ella como si le hubieran dejado un paquete.

—Hola, soy Paulo —dijo sonriendo; un mechón de pelo le caía por la frente.

De repente Annie ya no quiso estar en otro sitio.

—ANNIE, ¿ACEPTAS A este hombre...?

Con catorce horas de vida por delante, Annie pronunció sus votos conyugales. Paulo y ella estaban debajo de un dosel, junto a un lago de color arándano. Se habían reencontrado hacía poco, tras perder el contacto durante la adolescencia; años difíciles para Annie, en los que

había soportado malas relaciones y sufrido muchas rupturas; tantas que al final se había convencido de que no volvería a enamorarse y de que no se casaría. Lo tenía muy claro.

Pero ahí estaban Annie y Paulo. Asintieron delante del pastor y juntaron las manos. Annie iba de blanco; Paulo, de negro. Estaban morenos por las horas pasadas bajo el sol. En el momento de girarse hacia su futuro esposo, Annie vio flotar un globo en el crepúsculo y pensó: «Qué bonito».

Luego se fijó en la sonrisa de Paulo, ancha como el horizonte. Se oyeron risas nerviosas mientras él pasaba apuros al ponerle el anillo.

—¡Enhorabuena! —gritaron todos cuando Annie enseñó el dedo.

TRECE HORAS POR vivir. Recorrieron el pasillo del brazo, como dos recién casados con toda la vida por delante. Mientras Annie se enjugaba las lágrimas, vio que en la última fila había un viejo con una gorra de tela, la mandíbula muy pronunciada y una gran sonrisa. Le sonaba de algo.

—Paulo —susurró—, ¿ese de allá, quién...?

Justo entonces la interrumpió otra persona.

—Pero ¡qué guapa estás!

Era una prima adolescente, con aparato bucal.

—Gracias —respondió Annie con una sonrisa, moviendo los labios en silencio.

Cuando volvió a mirar, el viejo ya no estaba.

DOCE HORAS. ANNIE y Paulo salieron a la pista de baile, iluminada con hileras de bombillas blancas. Paulo levantó un brazo.

—¿Preparada? —dijo.

Annie recordó una noche en un polideportivo de instituto, en que plantándose ante Paulo le había dicho:

—Aparte de ti ningún chico me dirige la palabra, o sea que dime ahora mismo si quieres bailar o me voy a mi casa a ver la tele.

La reacción de Paulo había sido sonreír, con la misma sonrisa que ahora: de repente volvían a encajar, como las piezas de un puzle.

—¡Mirad aquí, parejita feliz! —gritó un fotógrafo que apareció de repente.

Annie hizo el gesto maquinal de esconder detrás de la espalda de Paulo su mano izquierda, un poco más pequeña que la otra, y con cicatrices del accidente de hacía más de veinte años.

—Guapísimos —dijo el fotógrafo.

ONCE HORAS. APOYADA en el brazo de Paulo, Annie contempló la sala. La fiesta empezaba a decaer. En los platos había restos de tarta y debajo de las mesas pies descalzos de mujer, con los zapatos de tacón al lado. No había muchos invitados. (Annie tenía poca familia.) Había podido hablar con casi todos.

—¡A ver si nos vemos más a menudo! —decían muchos efusivamente.

Paulo se giró hacia ella.

—Te he hecho una cosa —dijo.

Annie sonrió. Paulo siempre le hacía regalitos: figuras de madera, adornos... Había aprendido a tallar y pintar en Italia, adonde se había trasladado con su familia. En esa época, la de la adolescencia, Annie pensó que no volvería a verlo, pero al cabo de unos años pasó junto a las obras de un nuevo pabellón del hospital y se lo encontró trabajando como carpintero.

—Oye, yo a ti te conozco —dijo Paulo—. ¡Eres Annie!
Diez meses después estaban prometidos.

Al principio Annie era feliz, pero a medida que se acercaba la fecha de la boda empezó a ponerse nerviosa y a dormir mal.

—Cuando hago planes nunca salen bien —le dijo un día a Paulo, que, pasándole un brazo por la espalda, le recordó que el encuentro en el hospital no estaba «planeado».

Annie arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabes?

Él se rio.

—¡Esta es la Annie con la que voy a casarme!

Sin embargo, seguía preocupada.

—TOMA —DIJO PAULO dándole algo hecho de alambres amarillos, algo blando y peludo, con orejas ovaladas encima y pies ovalados debajo.

—¿Un conejo? —dijo Annie.

—Sí.

—¿Está hecho con limpiapipas?

—Sí.

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo he hecho yo. ¿Por qué?

Annie empezó a mover los pies. De repente estaba incómoda. Al mirar al otro lado de la pista vio al mismo viejo de antes. Iba sin afeitarse, una pelusa blanca le cubría el mentón. Su traje parecía de hacía treinta años, pero lo que le llamó la atención fue su piel: era rara, emanaba como una luz propia.

«¿De qué conozco yo a este hombre?»

—¿No lo quieres?

Annie parpadeó.

—¿El qué?

—Tu conejo.

—Ah... Sí, sí que lo quiero.

—Sí, quiero —repitió Paulo, pensativo—. Hoy estamos diciendo mucho «sí, quiero».

Annie sonrió, acariciando el peluche, pero de repente tuvo frío en todo el cuerpo.

EL DÍA DEL fatídico accidente, Annie había tenido en sus manos un conejo hecho con limpiapipas, como el que acababa de darle Paulo. Era un regalo del mismo viejo con barba de varios días al que veía ahora en la boda.

Y que llevaba muerto más de veinte años.

Se llamaba Eddie y trabajaba en el Ruby Pier, reparando atracciones. Cada día engrasaba los raíles, ajustaba los tornillos y recorría el parque por si oía o veía algo raro. Siempre llevaba unos cuantos limpiapipas en el bolsillo de su camisa de trabajo con los que hacía figuras que regalaba a los niños que iban al parque.

El día del accidente, la madre de Annie la había dejado sola para irse con el novio de turno. Annie se había acercado a Eddie, que estaba mirando el mar. La niña llevaba

pantalones recortados y una camiseta verde lima con un pato de dibujos animados.

—Perdone... ¿Eddie Mantenimiento? —dijo, leyendo la etiqueta de la camisa.

—Solo Eddie —respondió él con un suspiro.

—¿Eddie?

—¿Sí?

—¿Puede hacerme...?

Annie juntó las manos como si rezara.

—Vamos, niña. No tengo todo el día.

—¿Puede hacerme un animal? ¿Puede?

Eddie, en broma, miró hacia arriba como si tuviera que pensárselo. Luego sacó sus limpiapipas amarillos e hizo un conejo, idéntico al que acababa de darle Paulo.

—Graciaaas —dijo ella, alejándose a saltitos.

Doce minutos más tarde, Eddie estaba muerto.

EL FATAL INCIDENTE se debió al desprendimiento, a sesenta metros de altura, de una de las vagonetas de una atracción vertical que se llamaba la Caída Libre. Se quedó colgando como una hoja seca, mientras ponían a salvo a los usuarios. Eddie, que lo observaba desde abajo, se dio cuenta de que uno de los cables había empezado a deshilacharse. Si se partía del todo, la vagoneta se caería.

—¡Apartaos! —gritó.

Abajo, el público se dispersó.

En medio del tumulto, Annie corrió en la dirección equivocada y se quedó encogida en la plataforma, al pie de la atracción, paralizada por el miedo. Entonces el cable se partió y la vagoneta se fue al suelo. De no haber sido por Eddie, que en el último segundo se lanzó a la

plataforma y apartó a la niña, Annie habría recibido todo el peso de la vagoneta, que, al final, cayó sobre Eddie.

Y le quitó la vida.

Aunque también a Annie le quitó algo: su mano izquierda. Un trozo de metal desprendido a causa del impacto la seccionó por el hueso con un corte limpio. Unos trabajadores tuvieron la rapidez mental de recoger la sangrante extremidad y meterla en hielo. Los sanitarios salieron disparados hacia el hospital, donde los cirujanos, después de muchas horas, lograron reparar los tendones, los nervios y las arterias, hicieron injertos de piel y usaron placas y tornillos para volver a unirle la mano a la muñeca.

La noticia del accidente salió en los telediarios de todo el estado. Los periodistas bautizaron a Annie como «el pequeño milagro del Ruby Pier». Rezó por ella gente que nunca la había visto, hasta hubo algunos que quisieron conocerla personalmente, como si su salvación les hubiera enseñado algún secreto sobre la inmortalidad.

Pero Annie, que solo tenía ocho años, no se acordaba de nada. Se le había borrado la memoria por el *shock*, como cuando se apaga de golpe una llama por culpa de una ráfaga de viento. Al cabo de los años seguía sin recordar nada más que imágenes sueltas, *flashes* y la vaga sensación de haber ido al Ruby Pier sin preocupaciones y haber vuelto a casa convertida en otra persona. Los médicos usaban términos como «represión consciente» y «trastorno traumático», sin saber que hay recuerdos que son para este mundo y otros que solo resurgen en el otro.

Sin embargo, se había producido el intercambio de dos vidas.

Y el cielo siempre observa.

—¡BUENA SUERTE! ¡QUE Dios os bendiga!

Annie y Paulo corrieron hacia la limusina, esquivando el arroz que les tiraban con vasos de cartón. Paulo abrió la puerta. Annie subió, arrastrando el vestido.

—¡Yuju! —se rio Paulo, y se sentó a su lado.

El conductor se giró. Era un hombre con bigote, ojos marrones y los dientes manchados de tabaco.

—Enhorabuena, chicos.

—¡Gracias! —contestaron al unísono.

Annie oyó golpes en el cristal. Era su tío Dennis, con un puro en la boca.

—Bueno, pareja —dijo cuando Annie bajó la ventanilla—. Portaos bien, tened cuidado y sed felices.

—Las tres cosas a la vez no pueden ser —dijo Paulo.

Dennis se rio.

—Pues entonces, sed felices y punto.

Le apretó los dedos a Annie, cuyos ojos empezaron a empañarse. Dennis, el hermano de su madre, se había hecho un nombre como cirujano en el mismo hospital donde trabajaba ella, y después de Paulo era el hombre al que más quería en el mundo. Calvo, barrigón, de risa fácil, siempre había sido una figura más paterna que su propio padre, Jerry («el desgraciado de Jerry», como decía su madre), que se había ido de casa cuando Annie era pequeña.

—Gracias, tío Dennis.

—¿Por qué?

—Por todo.

—Tu madre estaría encantada.

—Ya lo sé.

—Nos está viendo.

—¿Tú crees?

—Sí. —Dennis sonrió—. Annie... Estás casada.
—Estoy casada.
Le dio una palmadita en la cabeza.
—Empiezas otra vida, nena.
Quedaban diez horas.

NINGUNA HISTORIA EXISTE por sí sola. No somos conscientes de lo entrelazadas que están nuestras vidas, como los hilos de un telar.

Justo cuando Annie y Paulo bailaban en su boda, a sesenta y cinco kilómetros, un hombre apellidado Tolbert iba en busca de sus llaves. Se había acordado de que su camioneta tenía el depósito casi vacío, y como sabía que a esas horas sería difícil encontrar una gasolinera abierta, las llaves que eligió fueron las de su mujer, que tenía un coche pequeño y compacto, con una rueda un poco desinflada. Tolbert salió de casa sin cerrar con llave y miró las nubes, que ribeteaban la luna de gris.

Si se hubiera llevado la camioneta, esta historia no sería la misma. Tampoco lo sería si Annie y Paulo no se hubieran parado a hacer algunas fotos más y si el conductor de la limusina se hubiera acordado de coger la bolsa que tenía al lado de la puerta de su casa. El cuento de tu vida se escribe cada segundo, y es tan cambiante como el giro de un lápiz: de la mina a la goma de borrar.

—¡PERO VAMOS A CASAAAARNOOOS! —cantaba Paulo.

A Annie le hizo reír que no se acordara del texto. Se giró y se pasó la fuerte mano de Paulo por los hombros. En la vida hay maneras de tocar que hacen que hasta con

los ojos cerrados sepas quién te toca. A Annie le pasaba al sentir las manos de Paulo en los hombros, como cuando jugaban a saltar el potro muchos años atrás.

Y como ahora.

Vio la alianza de oro y soltó un profundo suspiro de satisfacción. Lo habían conseguido. Estaban casados. Ya no hacía falta seguir teniendo miedo de que un imprevisto lo desbaratara todo.

—Estoy muy contenta —dijo.

—Yo también —contestó Paulo.

La limusina arrancó. Annie saludó por la ventanilla, mientras los invitados aplaudían y enseñaban los pulgares. La última persona a quien vio fue al viejo de la gorra de tela, saludaba con la mano con un gesto casi mecánico.

¿QUIÉN NO HA oído hablar del «cielo en la Tierra»? Es una expresión que hace pensar en algo espléndido, como el feliz momento en que se marchan los novios de la boda, pero «el cielo en la Tierra» también puede referirse a otra cosa, como lo que le pasó a Annie cuando vio mover la mano al viejo —Eddie, el del Ruby Pier— entre la multitud.

Hay momentos, cuando se avecina la muerte, en que se corre el velo que separa este mundo del siguiente; el cielo y la Tierra se solapan y, en ese instante, es posible vislumbrar algunas almas ya difuntas.

Ves que esperan tu llegada.

Y ellas te ven llegar a ti.